

William Ospina
En busca de Bolívar

~
La otra orilla

Barcelona Bogotá Buenos Aires Caracas Guatemala Lima México Panamá
Quito San José San Juan San Salvador Santiago Santo Domingo

*Vivo mi vida en círculos abiertos
Que crecen sin cesar sobre las cosas,
El último tal vez no lo complete,
Pero quiero intentarlo.*

RAINER MARÍA RILKE

*Por calles que tienen nombres de batallas
Voy solitario y vano.*

JOSÉ MANUEL ARANGO

Bastó que muriera para que todos los odios se convirtieran en veneración, todas las calumnias en plegarias, todos sus hechos en leyenda. Muerto, ya no era un hombre sino un símbolo. La América Latina se apresuró a convertir en mármol aquella carne demasiado ardiente, y desde entonces no hubo plaza que no estuviera centrada por su imagen, civil y pensativa, o por su efigie ecuestre, alta sobre los Andes. Por fin en el mármol se resolvía lo que en la carne pareció siempre a punto de ocurrir: que el hombre y el caballo se fundieran en una sola cosa. Aquella existencia, breve como un meteoro, había iluminado el cielo de su tierra y lo había llenado no sólo de sobresaltos sino de sueños prodigiosos.

Nunca en la América hispánica se había soñado así. El relato dorado anterior a la conquista acunaba otro tipo de sueños: el barro desnudo y ritual vivía en el mito, no había emergido a la individuali-

dad y a la historia. Aquellos reyes que eran el Sol, aquellas diosas que eran la Tierra, aquellos poetas de Tenochtitlán que suspiraban ante la brevedad de la vida, aquellos dibujantes de Tikal y de Palenque que trazaban con arte exquisito las estelas mágicas de los templos, vivieron en un orden casi inconcebible para nosotros: veían en la tierra otra tierra y en el cielo otro cielo. Y los guerreros de conquista, que arrasaron y profanaron por cien años un mundo mucho más vasto que Europa, no entendían de sueños: sólo de delirios y pesadillas.

Bolívar sabía todo eso. Conocía el relato de los lagos de sangre en que fueron ahogadas la nobleza inca y la nobleza azteca, sabía de los llanos de osamentas que prodigaron las espadas y los cañones y que después dispersaron los buitres. Sabía del manto negro de alas de murciélago que los artífices hicieron para Atahualpa y no me extrañaría que supiera también de las esferas de piedra que padres antiguos enterraron en las florestas de Centroamérica, quizá para que sobre su perfección crecieran mundos armoniosos. Y sabía también de la dulzura de África, porque una de sus madres, y tal vez la más entrañable, había sido esa esclava Hipólita que le dio lo que tal vez no sabría darle su blanca madre criolla: elemental ternura humana. “Hipólita –dijo– es la única madre que he conocido”.

Como todos los americanos del sur, era un mestizo, sin que para ello importara la raza. Hölderlin había escrito poco antes, comparando la vida del hombre con la vida de los ríos, que la más grande porción de lo que somos “se debe al nacimiento, y a ese rayo de luz que golpea la frente de los recién nacidos”. Es grande el poder de ese rayo de luz natal sobre nuestra conciencia: nadie nacido en Colombia dejará de ser colombiano, aunque pase la vida en Samarcanda o en Tananarive, y Bolívar mismo escribió: “La tierra del suelo natal, antes que nada, ha moldeado nuestro ser con su sustancia. Nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país”.

Por su origen, pertenecía a la aristocracia; pocos criollos tuvieron como él privilegios. Verlo actuar en sus primeros tiempos es ser testigos de la gestación de una tempestad. En él estaban la fuerza, la indignación, la rebeldía. Y en el mundo que lo rodeaba, el germen mismo de las revoluciones.

Su propio padre, hombre poderoso y verdaderamente acaudalado, ya sentía la incomodidad de vivir como un huésped de segunda en la tierra de la que era dueño. Llegó a escribir a Francisco de Miranda, ofreciendo su apoyo para la causa de la emancipación: “A la primera señal que nos haga, estamos dispuestos a seguirle como nuestro jefe hasta el fin, y a derramar la última gota de nuestra sangre en esta empresa grande y honrosa”. Tenía demasiado que defender para dejar que su incomodidad se tradujera en rebelión, o no le alcanzó la vida para cumplir su promesa.

Porque muy pocos de aquellos que lo tienen todo saben sentir lo que les falta. Esos mantuanos opulentos sentían los tacones de la metrópoli en la nuca; el aire que les faltaba era el aire de la autonomía, que empezaba a tener un nombre, que pronto sólo cabría en la palabra independencia, pero el joven Bolívar tuvo que perder a sus padres para empezar a sentir la soledad engendradora de hazañas. Tenía parientes en la vecindad de la corona, y por momentos los Bolívar podían engañarse diciendo que pertenecían a la nobleza reinante en las Indias. Pero a los dieciséis años, en los patios de Madrid, en la cercanía de Godoy y de la reina, jugando con el joven príncipe como un miembro más de la corte, Bolívar no dejaba de sentirse ajeno; había una inquietud en él, una ansiedad.

Esa cercanía habría de servirle, sin embargo, para algo muy distinto de un envanecimiento: él sabía que no pertenecía del todo al mundo de los amos. Ver la corona de cerca le permitió temprano liberarse de la sumisión supersticiosa al poder de la realeza como se la padeció en América durante siglos. Todavía hoy ciertos sectores privilegiados de América practican la ceremonia del besamanos ante la ornamental aristocracia europea: cómo sería hace dos siglos.

Pero el muchacho al parecer escoltó más de una vez a la reina María Luisa en sus andanzas nocturnas

desde la casa de su protector hasta el palacio real, y tuvo suficiente roce con la corte para derribar, en una rabieta de adolescente, el sombrero del joven príncipe y ver que la reina le concedía la razón en su cólera. Esos gestos casi insignificantes cobran alguna magnitud vistos a través del lente de la distancia y reinterpretados en el contexto de los grandes dramas históricos. Muchos próceres americanos no podían imaginar siquiera esa corte que los dominaba desde el otro lado del mar, y tenían cierta imposibilidad psicológica para asumir que ellos podían sustituirla en los escenarios de la historia: Bolívar se libró temprano del temor reverencial, del respeto supersticioso por aquel mundo, gracias al azar de haberlo frecuentado en la edad en que se gesta la propia leyenda personal.

Tuvo todavía en la ilusión del amor la esperanza de vivir una vida dedicada a sí mismo y a su fortuna. Quizá si María Teresa no hubiera muerto de fiebre amarilla en 1802, apenas llegada a Caracas, en contacto con esa tierra nueva, Bolívar habría sido otro mantuano ilustrado, dedicado a su hogar y a sus haciendas. Sobre eso nada puede decirse, porque el destino se fragua siempre en la oscuridad, y si tarde o temprano salen a la luz sus gestaciones secretas, lo que sí permanece oculto a nuestra mirada es lo que pudo ser, lo que pudo modificar para siempre el azar.

La muerte de su esposa lo dejó con todo su amor insatisfecho, con una pasión ya inútil llenando sus horas: un muchacho de diecinueve años con todo el tiempo para sí y para sus sueños. Sobre aquella tumba temprana juró no volver a casarse, y nunca traicionó su promesa. Después confesaría que aquel duelo lo convenció de que no había nacido para ser feliz, y ello explica que, sin renunciar jamás a los placeres sensuales, dedicara la vida entera a una pasión distinta.

Volvió a Europa, comprendiendo que lo que se había traído de allí tal vez no era lo que había ido a buscar. Y en Europa lo esperaba la revelación de un destino. Pero ya no quiso anidar en España, donde un día, con el gesto romántico de un joven valiente y un poco salvaje, se había resistido, espada en mano, por un callejón de Madrid, a una inspección policial acaso ordenada por el propio Godoy.

Viajó a Francia, que acababa de pasar por una ordalía de ejecuciones, por las tempestades de la Asamblea Nacional, por la locura histórica de la decapitación de una monarquía, por las oleadas de los partidos sucediéndose en el poder, cada vez más ácidas las olas, cada vez más radicales los discursos, de Mirabeau a Desmoullins, de Danton a Marat, de Robespierre a Saint-Just.

Esas sombras recientes, clamorosas y trágicas, gravitaban sobre los jóvenes de entonces, atentos a la historia, ávidos de libertad y autonomía. Estaba naciendo la edad de las revoluciones: la ilusión redentora de que la voluntad humana podía oponerse a las fatalidades de la historia. Despertados de pronto por la Revolución Francesa, los jóvenes americanos querían menos romper con Europa que con el fardo medieval que España había descargado en América. El sueño de Rousseau les exigía acceder a la modernidad, y no es de extrañar que germinara enseguida en su mente la semilla de libertad que estaban sembrando en el alma de Europa los enciclopedistas y los filósofos ilustrados. Bolívar nació con la revolución, creció expuesto a sus fuegos, y como buen español de la periferia, recibía sin recelos la influencia de Francia, que la España central siempre se negaba a aceptar.

Acaso ninguna frontera fue tan firme y tan hosca como los Pirineos. Esas montañas se alzaban como

símbolo de la reticencia de España a dejarse influir por la nación vecina. Si esa isla, Inglaterra, estaba unida a Francia por la historia, esa otra isla, España, trataba de olvidar que estaba unida a Francia por la naturaleza. Por el Mediterráneo llegaron Fenicia y Roma, los judíos y los moros; por el Mediterráneo las puertas estuvieron abiertas mucho tiempo, pero Francia... ¿no se había atravesado siglo a siglo como una fuerza hostil entre España y Europa? ¿No era una barrera en el corazón del imperio cuando España era también Flandes y Alemania y los reinos de Italia? Esa Francia que no se había sometido cuando España llevaba el cetro del mundo quería ahora imponer sus filosofías y sus sueños a una nación orgullosa de su antigüedad y ebria de sus símbolos.

Hispania había sido uno de los corazones del imperio romano, mucho más que las Galias. Era cuna del poder y del espíritu, la tierra de Trajano y de Adriano, la tierra de Lucano y de Séneca. ¿Qué podía mostrar Francia que fuera semejante? Después de ser fiel a los manes de Roma, España se hizo fiel también a las columnas de Cristo: mientras Iberia producía papas defensores de la ortodoxia, Francia era más bien semillero de herejes, tierra de cátaros, cuna de antipapas, surco fecundo para el cisma. Y cuando España decidió arrojar lejos a los moros

y a los judíos, Francia guardaba sus judíos y hasta se aliaba con los turcos de curvas espadas contra el poder del emperador Carlos V.

Bolívar se convirtió en algo casi más indeseable que un suramericano: un afrancesado. Un hombre de palco en la Ópera, que derrochaba en París una fortuna amasada en las haciendas de cacao de Caracas. Pero también en Francia se sentía ajeno, y eso habría de agravarse cuando la rebelión, la sustancia misma de su ser, se vio atemperada por una nueva monarquía.

Ahora el mar de la revolución se empozaba bajo el tricornio del poder absoluto; Napoleón mismo tomaba la diadema de las manos temblorosas del papa para ponerla sobre sus propias sienes bajo el cristal de las rosas de Notre Dame, y Bolívar, que había recibido invitación del embajador de España para asistir a la ceremonia y la había rechazado con indignación, se deslizó por su cuenta, casi furtivamente, aquel 2 de diciembre de 1804, y prefirió ver la escena desde la multitud, no desde los estrados

de los invitados oficiales, como muestra de su malestar.

La sangre republicana ardía en sus venas. Vio en el emperador un traidor a la causa de la libertad, aunque no dejó de estremecerse viendo a un millón de personas rugir en las calles su admiración por aquel teniente de artillería exaltado por sus méritos a la condición de rey y de semidiós. La integridad moral de Napoleón estaba en duda, pero su gloria era indudable, y el muchacho caraqueño soñaba con una gloria semejante, aunque la prefería conquistada por una causa más noble. En el fondo, hasta podía sentirse satisfecho de que Napoleón hubiera cedido a la ambición: se había apoderado del título de emperador de los pueblos, pero quizás había dejado para otro el título más honroso de libertador de las naciones.

Bolívar iba indignado por las calles: tenía la sangre demasiado encendida de Rousseau y de Diderot, de Voltaire y de Spinoza. Acaso también demasiado llena de Montesquieu, para entusiasmarse con el cesarismo del corso. Ya llegaría la hora que le impusiera la necesidad de ser cesarista y hasta de intentar hacerse César: la vida a todos nos impone ciertas claudicaciones. Sin embargo, todavía su sueño de dar libertad a Venezuela era apenas una idea sin mucha sustancia, un sueño quijotesco surgido de la lectura de los filósofos ilustrados, el sueño de un

girondino de la rue Vivienne, de un revolucionario de salón contagiado de modas francesas, y por eso fue tan importante aquel encuentro, que debió darse en casa de su querida Fanny, la prima exquisita que lo había consolado en su viudez.

El huésped desconocido del salón era un barón alemán de unos treinta y cinco años. Por lo que nos dicen sus retratos y sus libros, bien podía eclipsar a Bolívar en aquella sala, porque tenía su elegancia y un cierto brillo de predestinación, pero lo superaba en toda clase de conocimientos y no era inferior en la capacidad de expresarse con convicción y de subyugar al auditorio. Y algo más desconcertante: aquel alemán, catorce años mayor que él, sabía más de Venezuela y de la América hispánica que todos los hombres de su tiempo y, por supuesto, infinitamente más que Bolívar.

Era Alejandro de Humboldt, y acababa de regresar de un viaje de cinco años que lo llevó por Venezuela y por Cuba, por la Nueva Granada, la provincia de Quito y el virreinato del Perú; después había pasado un año entero en México, la Nueva España, y acababa de cruzar el territorio norteamericano y de conversar con los grandes hombres que habían logrado la independencia de los Estados Unidos.

Al otro lado de la frontera, Guillermo de Humboldt recibía las cartas de su hermano y las compartía con su círculo de amigos ilustrados. Goethe y Schiller seguían en un mapa las rutas del joven. Su llegada a Francia fue un acontecimiento: los salones se abrían para el viajero que acababa de descubrir un mundo, y el propio Bonaparte lo recibió con un banquete para escuchar el relato de sus exploraciones. Esto alentaría también la tentativa del empe-

rador de apoderarse no sólo de España sino de sus minas populosas al otro lado del Atlántico.

Pero más definitivo para la historia fue el encuentro de Humboldt con Bolívar: la versión de la América equinoccial que pregonaban sus labios fue una revelación para el joven. Él creía saber a qué mundo pertenecía, pero los ojos de Humboldt eran los ojos de la Ilustración y del romanticismo: Hölderlin no habría hablado con más veneración, con un sentimiento más spinozista y panteísta de aquellas selvas pululantes de vida, de aquellos ríos donde los caimanes parecían bostezar mariposas, de aquellos árboles blancos de garzas, de aquella profusión de ramas que agitan alegres monos diminutos, de aquellas lianas que en realidad son serpientes, flores que al saltar son ranas venenosas, jaguares que son la corona de las selvas voraces.

El propio Bolívar dijo que Humboldt había visto en tres años en el nuevo continente más de lo que habían visto los españoles en tres siglos. El sabio alemán combinaba lucidez y pasión, había sido capaz de asombrarse con América en tanto que otros sólo la habían codiciado, y acababa de ver con ojos casi espantados un mundo virgen, un mundo exuberante, el milagro de la vida resuelto en millones de formas, flores inverosímiles, selvas inabarcables, ríos indescriptibles, de modo que lo que Bolívar vio surgir ante él no fue la América maltratada por

los españoles sino la América desconocida y desaprovechada por los propios americanos, el *bravo mundo nuevo* que sería su destino liberar de las cadenas del colonialismo y despertar al desafío de una nueva edad.

Si alguien lo hubiera hecho beber de pronto las pociones que los indios de la llanura preparan con bejucos sagrados o con cortezas milagrosas, quizá no habría alucinado mundos más increíbles que los que le descubrió Humboldt en un francés erudito y cadencioso, y la imaginación de Bolívar debió sentir follajes desconocidos bajo la música de los sueños de Rousseau, debió de oír la cólera de los pueblos condenados a vivir su purgatorio en el paraíso.

Soñaba con la emancipación pero no acababa de concebirla, y tal vez el momento más decisivo de aquel encuentro fue cuando Humboldt, oyéndole exclamar que el Nuevo Mundo sólo podría cumplir su destino si lograba sacudirse del dominio español, le aseguró al joven, que seguía pensativo luego de escucharlo, que las colonias americanas estaban en condiciones de independizarse. Después, Humboldt, con el rostro resuelto y la mirada de quien lo ha visto todo, añadió, sin imaginar acaso qué fuego estaba encendiendo con esa mirada: “Su país está maduro para la independencia, pero yo francamente no veo quién podría encargarse de dirigir esa empresa”.

No sabemos cuáles fueron las palabras precisas que pronunció, en aquel aire lleno del fuego de la revolución, de esa capacidad de pedir imposibles que era el espíritu de la época, pero el mensaje de Humboldt se quedó clavado sin duda en su carne como una espina irremediable, y desde aquel momento Bolívar sólo soñó con la libertad de su tierra, y empezó a presentir que sería él ese hombre que Humboldt reclamaba y que no creía haber encontrado. Bonpland, el compañero de viaje de Humboldt, que estaba presente, pronunció entonces la sentencia: “Las mismas revoluciones producen grandes hombres dignos de realizarlas”.